

AUTORIDAD, INTELLECTO Y CORAZÓN

Benjamin B. Warfield
(1851-1921)

Traductor: Valentín Alpuche

ReformedLiterature.com/es

AUTORIDAD, INTELLECTO, CORAZÓN

Benjamin B. Warfield

No siempre se percibe la naturaleza exacta de la íntima relación que existe entre la religión y la teología. Algunas veces se hace de la religión el producto de la teología; aunque más frecuentemente se concibe a la teología como directamente fundamentada sobre la religión. La verdad es que mientras una reacciona continuamente en contra de la otra, ninguna de ellas es la creación de la otra. Son más bien productos paralelos del mismo cuerpo de verdades en diferentes esferas. La religión es el nombre que le asignamos a la vida religiosa; la teología es el nombre que le asignamos al cuerpo sistematizado del pensamiento religioso. Ninguna es el producto de la otra, sino que ambas son productos de la verdad religiosa, la cual opera en las dos esferas de la vida y el pensamiento. Ninguna puede existir sin la otra. Nadie sino tan sólo un hombre religioso puede ser un verdadero teólogo. Nadie puede vivir religiosamente y no estar influenciado por ninguna concepción teológica. El hombre es una unidad; y la verdad religiosa que pesa sobre él tiene que afectarle en todas sus actividades o en ninguna de ellas. Pero es en su causa común—la verdad religiosa—que la religión y la teología encuentran su conexión más profunda. La verdad concerniente a Dios, su naturaleza, su voluntad y sus propósitos es el hecho fundamental sobre el cual descansan la religión y la teología. Por lo tanto, la verdad de Dios es lo más grandioso sobre la tierra. Sobre ella descansa nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. A través de ella somos convertidos y santificados. De ella depende toda nuestra religión como también toda nuestra teología.

Hay tres medios o canales a través de los cuales la verdad de Dios es traída al hombre y hecha su posesión, y esta verdad afecta su vida y lo convierte en un ser religioso; esta verdad también puede ser sistematizada en su pensamiento y así resulta en una teología. Estos tres medios o canales de comunicación pueden enumerarse brevemente como autoridad, intelecto y corazón. Estos tres no están tan relacionados el uno con el otro a tal grado que dependamos de uno excluyendo a los otros. En cualquier religión sana y en cualquier pensamiento religioso, a saber en cualquier teología, los tres tienen que tomar parte integral y tienen que obrar armoniosamente como las fuentes inmediatas de nuestra religión y de nuestro conocimiento. La exaltación de cualquiera de los tres excluyendo relativamente a los otros, por consiguiente, manchará por igual nuestra vida religiosa y nuestro pensamiento religioso convirtiéndolos en tendenciosos y deformados. No podemos tener una vida religiosa simétrica o una verdadera teología excepto a través de la perfecta interacción de las tres fuentes de comunicación de la verdad.

En realidad, de manera convincente podemos declarar que las tres en último análisis se reducen a una; y que este único canal de la verdad puede encontrarse a su vez—de manera igualmente convincente—en cada uno de los tres. Así pues, podemos mantener que nuestra confianza en los procesos de nuestros intelectos y en las liberaciones de nuestros sentimientos descansa, a final de cuentas, en la confiabilidad de Dios de tal manera que, después de todo, la autoridad es la única fuente de nuestra información con respecto a Dios. Solamente conocemos lo que Dios nos dice y como nos lo dice. De manera similar puede sustentarse que las declaraciones categóricas autoritativas van dirigidas al intelecto, el cual también es el único instrumento para establecer las implicaciones de los sentimientos; de tal manera que todas nuestras fuentes de conocimiento se reducen finalmente a esta única fuente: el intelecto. Solamente conocemos lo que nuestro intelecto capta y formula para nosotros. Incluso todavía podemos contender que no es la razón lógica sino los hechos de la vida, nuestros esfuerzos de continuar hacia adelante, nuestros sentimientos de dependencia y responsabilidad los que suministran los puntos de contacto entre nosotros y Dios, sin los cuales todos los truenos de autoridad y todas las excursiones del pensamiento en el reino de las cosas divinas serían tan ininteligibles para nosotros y tan inoperativos como un parloteo sobre la belleza de los colores sería para un ciego. Hay un elemento de verdad en cada una de estas representaciones, pero en vano es hacer que ellas muestren que solamente tenemos un medio de acceso a las cosas divinas; más bien enfatizan el hecho de que las tres fuentes se entrelazan e interactúan de tal manera que una no debe ser exagerada excluyendo a las demás como nuestro único canal de conocimiento concerniente a Dios y las cosas divinas.

La exageración del principio de autoridad desacreditando a los otros nos arrojaría al tradicionalismo y en último análisis nos entregaría atados de pies y manos al dogmatismo irresponsable de una casta privilegiada. Este es el sendero que ha sido pisoteado por la iglesia de Roma y tenemos como resultado una débil sumisión a las declaraciones categóricas autoritativas, primero de una iglesia infalible, después de una clase infalible y finalmente de una persona infalible. Aquí ni al corazón ni al intelecto se les permite hablar en la presencia de la autoridad señorial, sino que a los hombres se les ordena recibir dócilmente, sobre la base de la autoridad solamente, incluso aquello que contradice sus intuiciones más fundamentales (como en la doctrina de la transubstanciación) o lo que escandaliza sus sentimientos más íntimos (como en el uso de las indulgencias).

La exageración del principio del intelecto desacreditando a los otros nos llevaría al racionalismo y nos abandonaría desamparados a la función meramente lógica del entendimiento. Este sendero ha sido seguido por los racionalistas y como resultado

tenemos cualquier número de sistemas a priori contruidos sobre el crédito exclusivo de la facultad razonante. Aquí ni a la revelación ni a la consciencia se les permite protestar en contra de los procesos gélidos de las fórmulas intelectuales, sino que todas las cosas son reconstruidas al antojo de elucubraciones *a priori* y a los hombres se les exige rechazar como falso todo aquello para lo que no tienen a la mano una demostración, a pesar de que Dios haya hablado para afirmar su verdad (como en la doctrina de la Trinidad) o incluso cuando el corazón nos muestra claramente lo que experimentamos a diario (como en el pecado original).

La exageración del principio del corazón desacreditando a los otros nos arrojaría al misticismo y nos entregaría al engaño de las corrientes del sentimiento que fluyen en todas direcciones en nuestras almas. Este sendero ha sido transitado por los místicos y tenemos como resultado el enfrentamiento de revelaciones rivales y la deificación de las más mórbidas imaginaciones humanas. Aquí ni a la verdad objetiva de una palabra revelada ni la adherencia al pensamiento racional se les permite frenar el sueño salvaje de un alma que fantasea en ser divino, o frenar la confusión de nuestros sentimientos más débiles con la voz fuerte de Dios. Y a los hombres se les prohíbe clarificar sus crudas fantasías por medio de una razón recta (como en la doctrina de la absorción en Dios) o creer el propio testimonio de Dios con respecto a su verdadera naturaleza (como con referencia a su personalidad).

De este modo, la autoridad cuando llevada más allá de sus límites se convierte en tradicionalismo, el intelecto cuando es inflado se convierte en racionalismo y el corazón cuando inmerso en misticismo, cada uno ilustra por igual el peligro de una construcción tendenciosa. La autoridad, el intelecto y el corazón son los tres lados del triángulo de la verdad. Cómo interactúan, puede observarse en cualquier ejemplo concreto de sus operaciones. La autoridad en las Escrituras suministra la materia que se recibe en el intelecto y opera en el corazón. Las revelaciones de las Escrituras no terminan en el intelecto. No fueron dadas meramente para iluminar la mente. Fueron dadas a través del intelecto para embellecer la vida. Terminan en el corazón. Nuevamente, al afectar el corazón las revelaciones no dejan intacto el intelecto. No pueden ser plenamente entendidas por el intelecto actuando por sí mismo. El hombre natural no puede recibir las cosas del Espíritu de Dios. Primero tienen que convertir el alma antes de que sean plenamente comprendidas por el intelecto. Solamente cuando son vividas, son entendidas. De aquí que la frase “cree para que puedas entender” tiene plena validez. Ningún hombre puede entender intelectualmente el significado saturado de las revelaciones de autoridad salvo como resultado de experimentar su poder en la vida. Por lo tanto, para que las verdades concernientes a las cosas divinas puedan ser así comprendidas de tal manera que puedan unirse con un verdadero sistema de verdad divina, primero

tienen que ser reveladas por medio de una palabra autoritativa; segundo, experimentadas por un corazón santo; y tercero, formuladas por un intelecto santificado. Solamente cuando estos tres están unidos, hasta entonces podemos tener una verdadera teología. E, igualmente, para que estas mismas verdades puedan ser así recibidas y engendren en nosotros una religión viva, primero tienen que ser reveladas con una palabra autoritativa; segundo, aprehendidas por un intelecto sano; y tercero experimentadas por un corazón instruido. Solamente cuando estos tres están unidos, hasta entonces podemos tener una religión vital.